

De paso por Belfort. ⁽¹⁾

Apenas fuera de la estación, mis compañeros preguntan por el león...

Yo también deseo ir a saludar al gigante melencólico, que es algo así como el guardián de la ciudadela; pero antes me detengo ante una serie de rótulos, que me sorprenden por lo inesperados. «Restaurant Español», leo en una esquina. Y más adelante: «Café Franco-Español.» Y luego: «Jardines de España.» Y unos pasos después: «Bar Español»...

— ¿Hay aquí muchos españoles? — le pregunto a nuestro guía, que es un viejo gendarme alsaciano.

— Aquí — me contesta — no creo... ¿Por qué?...

— Por esos letreros.

El veterano levanta la vista hacia las cornisas, lee y murmura:

— Es cierto... No lo había notado... No sé... Cambia tanto esto, desde hace algunos años, que no se da uno cuenta... Yo casi no reconozco las calles nuevas cuando dejo de verlas algún tiempo...

Las metamorfosis belfortesas son, en efecto, proverbiales. Cada primavera algo nuevo surge como por encanto al pie del noble castillo. Un día es un tranvía

(1) Todos los capítulos de esta obra han sido escritos en 1915.

eléctrico; otro día, un teatro; otro, un circo... Pero como ello no impide que los historiadores sigan hablando de la «ciudad austera» y de la «fortaleza que ocupa el lugar más trágico», todos nos figuramos, al penetrar en su recinto, que vamos a encontrarnos en un pueblo hosco, con una vida de guarnición, de recelo, de sobresalto, entre toques de clarín, gritos de alarma, estrépito de cañones. Y he aquí que, cuando observamos el modo de ser de la ciudad, cuando tratamos de darnos cuenta de su estado de ánimo habitual, nos convencemos de que no hay nada menos triste y menos angustioso que el existir de sus habitantes. En todos los labios la divina sonrisa de Francia florece. El «vivir en peligro», que Nietzsche encontró en Corneille, obliga a esta gente a tratar de gozar aprisa de lo que tiene de bueno y de amable el mundo. Como en Nancy, como en Epinal, como en Pont-à-Mousson, dijérase que la vecindad del enemigo hereditario excita a los industriales a desafiar los riesgos de guerra, elevando edificios enormes en los puntos más expuestos. Todas las cercanías, en el camino de Milhuse, que es la ruta de las invasiones, están llenas de fábricas importantes, de granjas de recreo, de hoteles para veranear. Los alsacianos expulsados hace veinte años de Estrasburgo, vinieron a establecer aquí sus manufacturas, gracias al apoyo de los capitalistas patriotas. Con ellos vino la riqueza, no hay duda; con ellos vino el trabajo intenso; con ellos vino el formidable aumento de población, que ha convertido en *grande ville* lo que medio siglo ha sólo era una plaza fuerte. Lo malo es que con ellos vino también algo de mal gusto teutónico. Sí... Por más que los alsacianos se ofendan cuando se les dice que la arquitectura *kolossal* alemana ha causado estragos en sus ciudades importan-

tes, el hecho es innegable. Como en Estrasburgo y como en Milhuse, en este Belfort, que tuvo la suerte de no ser anexionada, el estilo muniqués y el estilo berlinés han creado un barrio nuevo tan suntuoso cual odioso. Y, sin duda por ironía, ese barrio se llama el «Faubourg de Francia». ¿De Francia estas fachadas inmensas de tiendas de novedades?... ¿De Francia estos edificios pesados y rígidos?... ¿De Francia estos grandes hoteles?... No. Para encontrar el gusto discreto, la medida helénica, la gracia sencilla de Francia, hay que alejarse del boulevard Carnot y buscar, entre las calles antiguas, lo que data, por lo menos, de veinticinco años. Ahí, en las plazas melancólicas, que no ostentan más lujo que el de sus castaños, al pie de modestos muros grises, bajo los balcones escuetos de las viejas viviendas burguesas, es donde palpita siempre la sobria elegancia de la raza latina. Se ve desde luego que los belforteses de épocas pasadas tenían una noción más grave de la existencia que los de hoy. Ni en las iglesias ni en los palacios se ven adornos exteriores. San Cristóbal, con sus dos torres cuadradas, parece construído para resistir a los asaltos del enemigo. El «Hôtel-de-Ville», seco y anguloso, es una casa para reuniones patéticas. Pero lo que mejor encarna el alma antigua de la ciudad es el castillo que se yergue dominando siempre el conjunto y recordando a las casas que lo rodean que no son sino vasallas suyas.

Hay que contemplar, en efecto, la famosa «Vista de Belfort, de Alsacia, tomada del lado de la parroquia de Brasse en 1675», para comprender cuán poca importancia tenía en la mente de sus fundadores este Municipio. En el centro, la ciudadela se alza, cual un centinela, vigilando los desfiladeros de los Vosgos. Unas cuantas

viviendas burguesas amontónanse a sus pies, buscando el socorro de sus cañones. Para encerrar el conjunto, una muralla forma un cerco que apenas puede contener unos pocos centenares de vecinos.

Ahora las estadísticas publican datos que llenan de envidia a muy antiguas y muy linajudas capitales de provincia. «El número total de habitantes, contando los suburbios —, dice la *Gula* local —, es superior a 50.000.» Y el *Dumazet* asegura que «desde 1899 la cifra de negocios de Belfort es superior a la de Dijon, Niza y Amiens».

Mis compañeros se ríen de esto, lo mismo que de los cafés españoles. Para ellos, Belfort no es sino la fortaleza de la frontera que un gigantesco león de granito guarda. ¿Los boulevards nuevos?... Ni siquiera los ven. ¿Los barrios antiguos?... No tienen importancia... En cambio, ante los muros del castillo se quedan absortos oyendo el relato que todos los cicerones han repetido desde hace cerca de cincuenta años a todos los turistas de todas partes del mundo.

— Mientras las demás plazas fuertes de Francia caen en poder de los alemanes, una tras otra, en la desgraciada campaña de 1870, sólo ésta resiste, sin ceder jamás un palmo de su territorio... Un general, con un cuerpo de ejército, la sitia... El coronel Denfert la defiende... En los cuatro meses que dura el asedio caen sobre sus casas más de 400.000 granadas... La gente vive en las cuevas... Las tropas multiplican en vano las salidas para tratar de abrir paso a las fuerzas que del interior deben venir en auxilio de la guarnición... Al fin, un día los alemanes consiguen que el Gobierno de París ordene a la plaza que se rinda. El coronel Denfert sale de la ciudadela a la cabeza de sus soldados, y los enemigos, al ver pasar aquella tropa de héroes, les presen-

tan las armas. El país entero ha sucumbido, y Bismarck no quiere que sólo Belfort siga siendo libre. Pero en el momento de firmar la paz, el emperador Guillermo es el primero en reconocer que la noble ciudad alsaciana no puede ser anexionada después de haber resistido con tanto heroísmo...

Al pie del castillo, el león se yergue, inmortalizando el recuerdo de esta aventura, única durante la guerra de hace cuarenta y cinco años. Su actitud es fiera y amenazadora, y su mirada no se desvía un instante de los Vosgos. Las luces rojas del crepúsculo dan a sus melenas un matiz de fuego.

El capitán que guía nuestra caravana de periodistas, y que no nos ha traído a ver castillos antiguos, sino trincheras nuevas, nos dice:

— Hay que marcharnos... Alsacia nos espera...